

El timo de la sociedad de la información

José Antonio Marina

Amb motiu de l'acte de lliurament dels X Premis a la Investigació sobre Comunicació de Masses, el filòsof José Antonio Marina (Toledo, 1939) va pronunciar una conferència titulada *El timo de la «sociedad de la información»* i, que pel seu interès, reproduïm a continuació. El professor Marina és autor d'*Elogio y refutación del ingenio* (1992), que va guanyar el premi Anagrama d'assaig i el Premio Nacional de Ensayo; *Teoría de la Inteligencia creadora* (1993); *Ética para naúfragos* (1995); i *El laberinto sentimental* (1996). En el text que reproduïm, Marina surt al pas del miratge tecnològic que podria suposar la societat informàtica i es mostra partidari d'arribar a allò que ell denomina la societat de l'aprenentatge.

Hemos entrado, se dice con frecuencia, en la sociedad de la información o del conocimiento. Creo que fue Drucker quien acuñó el nombre «sociedad del saber». Es muy probable, decía, que la nueva sociedad sea a la vez «no socialista y poscapitalista y es también seguro que su recurso primario será el saber. Esto significa que tendrá que ser una sociedad de organizaciones, un sistema en el que competirán y coexistirán las estructuras transnacionales, regionales, nacionales e incluso tribales».

A lo largo de su historia la humanidad ha conocido muchos cambios de cultura y ya sabemos que los balances técnicos han provocado transferencias de poder a lo largo de la historia. La sociedad que aprendió a forjar el hierro se impuso a las que ignoraban esa técnica. Lo que quiere decirse al hablar de la sociedad de la información es que, en este momento, más que nunca, vivimos a expensas de una tecnología muy sofisticada, que evoluciona con vertiginosa rapidez, que ha cambiado el centro de la actividad económica, que está ya desligada de las materias primas y, por lo tanto, de la geografía.

Pero no es esto sólo. Hay que añadir que la sociedad de la información se basa en técnicas nuevas para asimilar, elaborar, transmitir información. Que el mundo entero está circundado, por decirlo de alguna manera, por una red que posee gigantescos bancos de información, que además vivimos una cultura de la imagen y, por último, que los avances técnicos de la informática están cambiando la imagen que tenemos de nosotros mismos.

La red y yo

Frente a esta situación hay, como siempre, apocalípticos e integrados, pesimistas y optimistas. Recientemente se han publicado en España varios libros sobre el tema. Unos a favor, como el de Nicholas Negroponte: *El mundo digital*; otros en contra, como el de Sartorio: *Homo videns*, o el de Ignacio Ramonet:

La tiranía de la información. Otros investigadores, más objetivos, como Manuel Castells se limitan a estudiar el fenómeno, en La era de la información.

Castells señala: «La identidad se está convirtiendo en la principal y a veces única fuente de significado en un periodo histórico caracterizado por una amplia desestructuración de las organizaciones, deslegitimación de las instituciones, desaparición de los principales movimientos sociales y expresiones culturales efímeras. Es cada vez más habitual que la gente no organice su significado en torno a lo que hace, sino por lo que es o lo que cree ser. Mientras que, por otra parte, las redes globales de intercambios instrumentales, conectan o desconectan de forma selectiva individuos, grupos, regiones o incluso países según su importancia para cumplir las metas procesadas en la red, en una corriente incesante de decisiones estratégicas. De ello se sigue una división fundamental entre el instrumentalismo abstracto y universal y las identidades particularistas de raíces históricas. Nuestras sociedades se estructuran cada vez más en torno a una posición bipolar entre la red y el yo» (29)

¿Qué debemos pensar sobre estos asuntos?

Esta conferencia va a tener cinco apartados:

- 1 La era de la imagen.
- 2 La sociedad de la red.
- 3 Las paradojas de la información.
- 4 El peligro de la metáfora del ordenador.
- 5 La sociedad del aprendizaje y de la autonomía.

1 La era de la imagen.

El primer cambio social producido por la tecnología lo causó la aparición de la Televisión. Cientos de miles de personas tuvieron acceso a una información muy rica, variada, fácil de asimilar, global. Los críticos de la tv sostienen que la dependencia de estos poderosísimos medios, es decir, mediadores entre los individuos y la realidad, ha sido empequeñecedora y ha debilitado la capacidad de crítica. Se confía demasiado en la tv, lo que produce al mismo tiempo una abundancia de informaciones y un aumento de la credulidad. En el ámbito político, ha variado la forma de hacer política, más pendiente ahora de una imagen que de un programa.

Walter Cronkite, en su biografía publicada en 1966 La vida de un reportero, cuenta que la CBS lo ascendió a anchorman de su nuevo noticiario en 1963 y comenta: « En un tiempo efectivo de 21 minutos teníamos que resumir el universo humano de ese día. Era imposible, pero intentábamos realizarlo con seriedad. Actualmente no lo hace casi nadie: los telediarios agitan al público para aumentar la audiencia». Y añade: «La tv no puede ser la única fuente de noticias, no está preparada para ello. Los falsos debates televisivos, los eslóganes, los anuncios publicitarios, los foto-flash, todo esto transforma la política en teatro».

Según uno de los dogmas más contundentes de nuestra cultura, una imagen vale más que mil palabras. En cierto sentido es irrefutable. También un olor vale más que mil palabras, y una caricia, y una música y un dolor de muelas. Todo conocimiento perceptivo sobrepasa en algo a la palabra, se mueve en otro registro. Pero gracias a la palabra que es un medio lento, desplegamos el significado de la percepción, que es un medio veloz. Hacen falta mil palabras para analizar una imagen, y posiblemente más para exponer un argumento. La imagen es una totalidad que nos seduce por la rapidez con que la captamos. La explicación, el razonamiento, la argumentación, son frutos pausados de la palabra. Por eso desconfío de la capacidad de los medios audiovisuales para razonar. Su poder de persuasión va por otro lado. No me extraña que los debates televisivos se conviertan en espectáculos, es decir, en algo para ver, donde el público aplaude por los motivos más extravagantes o más escenográficos.

El curso apacible de la palabra

El lenguaje tiene que linealizar, convertir en líneas lo que percibimos, sentimos, conocemos en bloque, y ésta es una tarea lenta. Somos un procesador de textos muy poco veloz. Pero pretender saltarnos esa limitación haciendo surfing es condenarnos a no entender nada, a guiarnos por espasmos mentales, y a caer en el garlito de las consignas brillantes. La cultura de la imagen fomenta el timo de la estampita. Por eso reivindico la vuelta al curso apacible de la palabra. Frente a la velocidad del hipertexto hay que hacer un elogio de la lentitud del discurso. Frente al flash, que

compacta, la palabra, que hace navegable la realidad permitiendo de paso el disfrute reflexivo de la imagen.

Sin embargo, los críticos a ultranza no tienen razón porque hablan como si antes de la llegada de la TV el mundo entero devorara periódicos, obras literarias, argumentara, y fuera capaz de criticar el mundo que le rodeaba. Y esto no es así. Siempre ha habido sistemas de adoctrinamiento, coacción, lavado de cerebro, influencias, mangoneos e ignorancias. Lo que resulta peligroso es no darse cuenta de que las cosas siguen igual, a pesar de la espectacular proliferación de informaciones. Lo malo es que acabemos convenciéndonos de que la sociedad de la información es esencialmente y estructuralmente una sociedad de la autonomía, de la democracia y de la justicia. Y esto no tiene por que ser verdad. La sociedad de la información –una de cuyas ramas es la TV– puede ser mangoneadora, sectaria, superficial, producir odiosas concentraciones de poder no representativo y fomentar la pasividad del público.

¿Quien manda en el mundo? Según una encuesta reciente de «Le Monde» el 64 % de las personas preguntadas estimaban que el mayor poder lo detentaban los mercados financieros, que aventajaban a los políticos (52 %) y a los medios de comunicación (50 %). Suponiendo que esto fuera verdad, la situación ofrecería un aspecto bueno y otro malo. El bueno: que no hay poderes absolutos. El malo: que los poderes no representativos –economía y medios– están en mayoría.

Poder político no representativo

Empecemos por el principio. ¿Qué es el poder? Weber lo definió como «la capacidad de uno o varios hombres para realizar su propia voluntad a pesar de la resistencia de otros que también participan en la acción». Kurt Hold lleva esta concepción hasta el extremo: «El poder es una posibilidad de hacer daño». Así, Foucault, los anarquistas y los posmodernos tienen razón. No hay poder sin dominio, sin coacción, sin víctimas. John K. Galbraith, que se movió tan cerca de las esferas del poder, da una sencilla tipología de sus estrategias en el libro *La anatomía del poder* (Plaza & Janés). Distingue entre el poder coercitivo, que utiliza la amenaza y el castigo; el poder compensatorio, que concede premios; y el poder condicionante, que actúa modificando las creencias.

Este es el poder que tienen los medios de comunicación. La prensa, la televisión, los medios de comunicación en general, tienen un poder político no representativo. ¿Cuales son los límites de su actuación?

Vivimos en una sociedad donde la información está a punto de suplantar a la realidad, lo que hace que toda cautela sea poca. Sin duda. La prensa es un poder necesario para la democracia. Con frecuencia se repite una frase de Thomas Jefferson: «Prefiero los periódicos sin gobiernos a gobiernos sin periódicos». Se cita menos otro texto suyo escrito en la última etapa de su mandato presidencial «Es una verdad melancólica que la supresión de la prensa no sería más perjudicial a la nación que su entrega prostituida a la falsedad». Es decir, la influencia de la prensa es decente si cumple su pacto con el lector.

¿Cual es ese pacto? La prensa cumple varias funciones: describe la realidad, proporciona una interpretación de lo que sucede, controla el poder mediante la movilización y formación de la opinión pública, sirve de canal de expresión para esta expresión y fija la agenda de temas a tratar. Cada una de estas funciones tiene su propio código de conducta, y mientras la prensa lo respeta su poder es decente. Un periódico puede expresar sus preferencias políticas, por supuesto. Lo que es indecente es que su poder, que se basa en la capacidad de influir en la opinión pública, se trasvase a otros territorios, se utilice como instrumento para la acción política directa, la negociación, el trapicheo, los intereses económicos o la construcción de prestigios. Un ejemplo para mi escandaloso de esta extrapolación espuria lo encuentro en un comentario de «El Mundo» (22.2.97), que deseo no sea verdadero. Al parecer los académicos de la Real Academia Española pensaron que, puesto que iban a proponer a Ansón como académico, había que nombrar a alguien del «El País» para compensar, ¿Para compensar qué? Sólo si se elige a un académico porque pertenece a una facción habrá que compensar a las demás facciones para que no se sientan agraviadas.

Capacidad de modificar las opiniones

Los medios de comunicación tienen poder político, como también lo tienen los medios financieros. Pero su poder se basa en la capacidad de modificar

las opiniones, para lo que debe presentarse como defensores la objetividad y los intereses generales. Si tuviera tiempo les explicaría los mecanismos psicológicos que intervienen en la producción de una noticia o en la aparición de una creencia. Algunos son muy sutiles. Niklas Luhmann, uno de los grandes sociólogos de nuestro tiempo, ha definido el poder como la capacidad para limitar la gama de alternativas del otro. Muchas veces, añade, «consiste en neutralizar la voluntad no necesariamente en doblegarla» (El poder, Anthropos, p. 17). El simple hecho de seleccionar la información permite mentir sin decir ninguna mentira.

Para aclarar los peligros del uso de las influencias, mencionaré un caso no muy lejano. A mediados de marzo pasado, el periódico inglés «The Sun» tituló en primera página: «The Sun backs Blair». «The Sun» apoya a Blair. Un periódico que tira cuatro millones de ejemplares, antiguo defensor de Margaret Thatcher, cambiaba de opinión. Tenía, sin duda, derecho a hacerlo. Lo que mosqueó al personal fue que Rupert Murdoch, su propietario, se había reunido varias veces con Blair, y Murdoch es uno de los pesos pesados del mundo de la comunicación. Controla un tercio de la tirada de los periódicos británicos, su presencia editorial en EEUU es fortísima, y es uno de los protagonistas de la actual carrera por hacerse con los sistemas de información global. ¿Que intereses estaba defendiendo «The Sun» al apoyar a Blair? ¿Los del país? ¿Los de los lectores? ¿Los de Murdoch?

Pierre Bourdieu, uno de los sociólogos actuales más prestigiosos, ha escrito un alegato contra la tv, –Sobre la televisión, (Anagrama)– que me gustaría resumir. Señala «el paso de una política de acción cultural a través de la tv a una especie de demagogia de lo espontáneo» (p. 69). Explota y halaga los gustos del público para alcanzar la audiencia más alta. Lo que los americanos llaman «agenda» (aquello de lo que hay que hablar) está definida cada vez más por la tv. A causa del incremento del peso simbólico de la tv, y como el mundo de la comunicación funciona como un «campo sociológico» de influencias mutuas constantes, el sensacionalismo se extiende a toda la prensa. Esto hace seleccionar sucesos capaces de suscitar un interés inmenso «halagando los impulsos y pasiones más elementales (en casos como los

secuestros de niños y los escándalos susceptibles de provocar la indignación popular), e incluso conseguir formas de movilización puramente sentimentales y caritativas o apasionadamente agresivas» (p.75).

Los límites de la autonomía personal

Los medios de comunicación dependen mucho más de las fuerzas externas que cualquier otro campo cultural. No se da en él el equivalente de lo que se observa en cualquier otro campo científico, esa especie de justicia inmanente que hace que quien transgrede unas prohibiciones concretas fracase.

Cuando se hace psicología o sociología se aprende hasta que punto los hombres y mujeres tienen su responsabilidad, pero que están definidos en sus posibilidades e imposibilidades por la estructura en que están colocados y por la posición que ocupan en ella. Nuestra autonomía personal –lo que, en términos abstractos se llama libertad– no es una propiedad innata sino un esfuerzo personal por mantener el rumbo de los vientos adversos. Si no se mantiene este empeño, los seres humanos, como dice Bourdieu, se convierten en «Una especie de epifenómeno de una estructura, que es, como un electrón, la expresión de un campo. Nada se comprende si no se comprende el campo que lo produce y que le confiere su reducida fuerza» (p.79).

¿Qué podemos hacer en esta situación? Por de pronto, llamar la atención sobre estos mecanismos que influyen sutilmente en nuestro comportamiento, que nos someten a una sumisión dulce y nos hacen extremadamente vulnerables a todo adoctrinamiento. Esta conferencia pretende ser una pequeña contribución a esta labor crítica, urgente y necesaria.

2 La sociedad de la red

Nadie sensato puede negar la utilidad práctica de Internet. Es un gigantesco banco de información de acceso rapidísimo. Permite realizar múltiples operaciones comerciales, consultar a expertos, participar en foros de discusión, colaborar con otras personas que tengan los mismos intereses. Cada una de estas cosas podía hacerse antes pero no con la enorme celeridad que permite la red.

Parece, además, que elimina los peligros de unos medios de comunicación sectarios, monopolísticos,

sometidos a intereses privados. Cualquiera puede introducirse en la red y decir lo que quiera.

Pronto vamos a estar conectados a una red que guardará todos los conocimientos, todas las informaciones, toda la realidad, aunque sea en estado virtual. Los conexionistas, una de las grandes sectas del pensamiento informático, proponen «una representación del saber en la que el conocimiento está distribuido en toda la red». Machado lo anunció hace muchos años: «Nadie sabe ya lo que se sabe, pero todos sabemos que de todo hay quien sepa».

La ignorancia personal parece compensarse con esa sabiduría impersonal. Ya habrá doctores que me digan lo que tengo que pensar. En palabras de Heidegger: «El hombre ya no puede seguir siendo considerado como el verdadero autor de sus pensamientos, sino que es sólo un vehículo misionero de las palabras del Ser en sus respuestas pensantes. El Ser envía al hombre por sendero de su pensar y al igual que una corriente subterránea le transporta a través de la historia. Esta corriente corresponde al mito». Lacan había dicho que el lenguaje nos habla. Y Claude Lévi-Strauss sugiere: «Tal vez sea mejor ir más lejos aún y prescindir del todo del sujeto pensante y proceder como si los procesos de pensamiento ocurriesen en el mito, en sus reflexiones mutuas y sus interacciones», o sea en la red.

Este es el lazo que me interesa analizar. ¿Qué sabemos cuando estamos enlazados en la red? Nada. Tan sólo tenemos acceso rápido a un conjunto de informaciones. Si recuerdan lo que estudiaron en el Bachillerato, verán que el platonismo de esta situación es evidente. Platón pensaba que todo el saber estaba en un mundo ideal. El problema que le intrigaba era ¿cómo podemos los pobres mortales llegar al conocimiento de esas ideas? Tuvo que admitir que el alma había habitado en ese mundo del conocimiento puro y absoluto antes de caer en este mundo, encarnarse en un cuerpo y olvidar todo lo que había visto en el mundo ideal. Para Platón, conocer era recordar.

Reivindicar la sociedad del aprendizaje

Pero con la red no tenemos ese consuelo. Conocer supone asimilar costosamente una información cada vez más abrumadora. Los sistemas informáticos nos permiten un acceso veloz a todo. Pero en el magnífico

despliegue técnico hay un elemento incordiante que no está a la altura de las circunstancias, un trasto mal diseñado, un cuello de botella que atasca la rápida difusión informativa: el ser humano, que tiene una velocidad de lectura desastrosamente lenta. K. Wright, en un artículo publicado en «Scientific American», da la siguiente definición: «Ser humano: dispositivo analógico de procesamiento y almacenamiento de información, cuya anchura de banda es de 50 bits por segundo. Los seres humanos sobresalen en el reconocimiento de formas y regularidades pero son lentos en los cálculos secuenciales».

En la sociedad de la información o del conocimiento el sistema es más importante que el sujeto humano, que parece el anacronismo. Una tortuga en la época del nanosegundo. Toda situación que disminuya el protagonismo del sujeto me parece alarmante, y esta también. Por eso, frente a esa sociedad de la información platónica, lejana, inabarcable, virtual, quiero reivindicar su versión a escala humana: la sociedad del aprendizaje. Sólo poseemos la información que hemos incorporado a nuestra memoria, y que nos va a permitir comprender lo que pasa, someternos o rebelarnos, aceptar o criticar. Aprender es condición indispensable para nuestra autonomía personal. Si lo olvidamos, acabaremos pensados por la red, en vez de pensarla nosotros.

¿Y qué importancia tiene eso? Muchos consideran que la red es la mayor ayuda que la democracia ha recibido desde la invención de la imprenta. Si se define la democracia como discurso abierto y libre, si se considera que las democracias se perfeccionan cuando «casi todo el mundo puede exponer sus ideas, preocupaciones y demandas ante los demás» (Michael Dertouzos), no hay duda de que la red la facilita. A través de ella cualquiera puede lanzar al universo su mensaje. Es la gran liberación.

Pero las cosas son más complicadas. Me temo que esta aparente liberación quede devaluada porque la idea de «información» implícita en ella no es liberadora sino que atenta contra la autonomía personal.

Un bobo espejismo de sabiduría

¿Qué nos queda después de surfear por la información? Un bobo espejismo de sabiduría. Los ojos son confundidos por la prisa. Empezamos a

despreciar todo aquello que nos exige tiempo.

El director de un prestigioso programa televisivo de divulgación científica me dice que tiene que fragmentar mucho el programa porque el espectador no aguanta más de dos minutos concentrado en un tema. En EEUU se considera que las buenas intervenciones durante los debates políticos televisados no deben durar más de siete segundos. «La TV privilegia a un cierto número de «Fast thinkers» que proponen «fast food» cultural, alimento cultural predigerido, prepensado», escribe Bourdieu. Los artistas ya inventaron hace unas décadas el «fast art». Mathieu, que pintaba grandes murales en unas cuantas horas, creía que la velocidad permite alcanzar la liberación artística, porque evita que la reflexión mate la espontaneidad creadora. Leo en la prensa que Antoni Tàpies ha producido en 36 años de actividad 7.000 piezas, lo que sin contar vacaciones ni gripes, concede menos de dos días a cada una de ellas.

Los expertos en lenguaje saben que los mensajes no proporcionan información al oyente, sino que únicamente le guían en el proceso de reconstrucción de tal información, que tiene que realizar el oyente por sí mismo. Eso quiere decir que la eficacia o la riqueza de la red depende de lo que el usuario sepa sacar de ella. El lector no es un sistema de selección, interpretación y asimilación que sólo ve en función de lo que sabe. De nuevo nos percatamos de que lo que está en juego es como estemos concibiendo el papel de sujeto humano.

3 Las paradojas de la información

Como he dicho no hay información en la red, ni en la memoria de un ordenador, como no la hay tampoco en un libro. Hay signos que debidamente descodificados pueden permitir a un sujeto recrear información.

Tal vez el rasgo más novedoso de la llamada «sociedad de la información» es la rapidez con que se está desarrollando. El ordenador se inventó hace 50 años, el ordenador personal hace 20 y hasta que el vicepresidente americano Al Gore no habló de las «autopistas de la información» poca gente había oído hablar de las redes. Basta echar un vistazo a las revistas especializadas para darse cuenta de la rapidez con que aparecen nuevos productos.

Suceden demasiadas cosas, estamos metidos en una evolución rapidísima, tenemos acceso a mucha información, y nos empieza a preocupar el no saber dónde mirar y como distinguir lo relevante de lo irrelevante.

Tal vez sea esto lo que justifica mi presencia aquí. Estoy convencido de que en la época de la información va a haber dos tipos de especialistas. Uno de ellos se encargará de los procedimientos para transmitir, almacenar, elaborar información. El otro tendrá que encargarse de seleccionar información. Es muy probable que las empresas necesiten tener además asesores jurídicos, fiscales, técnicos, asesores de información, que les ayuden a conocer donde está y qué está pasando a su alrededor. Una especie de asesores meteorológicos que les informen de como ha sido el tiempo inmediato y de cuales son las previsiones para las próximas jornadas.

El ejemplo de los periódicos personalizados

Les pondré como ejemplo los «periódicos personalizados». «Personal Journal» es el nombre del periódico digital del Wall Street Journal. Pone a primera hora de la mañana en el ordenador del suscriptor la selección de noticias, el tipo de columnas de opinión y las cotizaciones de un determinado número de empresas previamente ordenadas. Como escribe Terceiro: «Tendrán éxito los grandes comunicadores que, capaces de condensar en pocas palabras la complejidad actual, pasaran a ser las referencias en la avalancha informativa. El columnismo en la prensa actuará como aportador de criterios e inteligencia para ayudarnos a dar sentido al caudal de información que nos llega, con el riesgo indudable del tremendo poder que ciertos medios tendrán en la dirección de los grandes asuntos» (Sociedad digital, Alianza, p. 172).

Este hecho pone de manifiesto la ambigüedad de la situación. Una cosa es la disponibilidad de la información y otra cosa es la capacidad de disponer de ella. La misma abundancia de información exige la aparición de analistas de información. Cualquiera que eche una mirada a los catálogos de recursos de Internet estará encantado porque va a disponer de innumerables posibilidades. Esta mañana consulté en Internet las páginas sobre «Sentimientos», porque

estoy preparando un curso sobre este asunto. Aparecieron un millón doscientas referencias. ¿Qué hago con esa avalancha de información bruta, no seleccionada?

Da la impresión de que estamos en presencia de una «inteligencia compartida», en estado de flujo permanente, de la que nadie conoce muy bien su contenido. Desde el punto de vista psicológico puede considerarse que la red es el inconsciente de la humanidad. Trabaja, establece relaciones, tiene ocurrencias, configura una memoria, posee un sistema de información que no es accesible a ninguna conciencia. Pero no hay que olvidar que esta impresión igualatoria que proporciona la red es falsa. No nos hace a todos iguales. Los que saben, seguirán sabiendo y aprovechándose de la red. Los demás estarán muy tranquilos pensando que el esfuerzo por aprender no es necesario, puesto que la red trabaja para ellos. El rebaño informático se hará cada vez mayor.

4 Los peligros de la metáfora del ordenador.

La informática, creación de la inteligencia humana, esta determinando ahora la forma de entender al sujeto humano. Y esto tiene importancia porque lo que pensamos acerca de nuestra inteligencia es un componente de ella. Comienzan a oírse voces de alarma que no proceden sólo de ignorantes y marginados. Una de las personas que con más insistencia están pidiendo prudencia respecto de los avances de la informática es Joseph Wizenbaum, uno de los pioneros de la inteligencia artificial, inventor de un programa famoso ELIZA, que simulaba una consulta de psicoterapia. En una reciente entrevista decía: «Es necesario poner fin a la imagen excesivamente optimista de la informática, particularmente en el ámbito de los sistemas con base de conocimientos». Cree que los sistemas de software se convierten en obsoletos. No existe ningún sistema informático cuyas capacidades puedan ser aprovechadas al máximo antes de que aparezca la nueva versión en el mercado. Los sistemas quedan fuera de control. El sector comercial y –lo que es aún peor– el sector militar han perdido el control sobre sus sistemas informáticos extremadamente complejos. Desde el punto de vista funcional una red mundial da lugar a una realimentación o feedback. A donde puede conducir esto ha quedado

demostrado en la catástrofe de la bolsa en octubre de 1987. Algunas grandes transacciones pusieron en marcha una fatal reacción en cadena y le diré el motivo: nadie era a fin de cuentas responsable del sistema, no había nadie ejerciendo el control. Esto es lo que quiero decir cuando hablo de sistemas más complejos que aparecen por sí solos. Cuando le preguntan si puede producirse una crisis financiera internacional debido a una programación errónea es muy pesimista. Piensa que puede producirse una catástrofe de información en un plazo corto. Respecto de la IA. Es aun más contundente: «En mi opinión, por lo que se refiere a la inteligencia artificial el mundo puede estar cayendo en una trampa».

Todo este cambio está basado en el ordenador, que ha pasado de copiar las habilidades de la inteligencia a convertirse en un modelo explicativo de la inteligencia.

Castells, cita a Bruce Mazlish para quien se está borrando la cuarta discontinuidad, la existencia entre humanos y máquinas, alterando de forma fundamental el modo en que nacemos, vivimos, aprendemos, trabajamos, producimos, consumimos, soñamos, luchamos o morimos.

El ordenador es un sistema mecánico, determinista, programable, que no maneja valores, estrictamente utilitario. Pensar, como hacen los partidarios de la teoría dura de la inteligencia artificial, que el hombre es sólo un ordenador implementado en base orgánica en vez de en base electrónica produce una peligrosa devaluación del ser humano.

5 La sociedad del aprendizaje y la autonomía

¿En qué consiste el timo de la sociedad de la información? Tiene tres formulaciones. Primera: se presenta como liberadora cuando está produciendo sistemas solapados de dominio y sumisión. Segunda: parece favorecer la igualdad cuando está produciendo o manteniendo todo tipo de desigualdades. Tercera: aparenta estar al servicio del ser humano, pero la ideología que transmite convierte al sistema informático en autosuficiente, importante, divino, todopoderosa es la red, mientras que los hombres quedan reducidos a meros servidores, basura biográfica intercambiable.

Los analistas de la actualidad andan preocupados. Alain Touraine sostiene que «en una sociedad

posindustrial, en la que los servicios culturales han reemplazado los bienes materiales en el núcleo de la producción, la defensa del sujeto, en su personalidad y su cultura, contra la lógica de los aparatos y los mercados, es la que reemplaza a la idea de lucha de clases». Por su parte Raymond Barglow señala la paradoja de que aunque los sistemas de información y la interconexión aumentan los poderes humanos de organización e integración, de forma simultánea subvierten el tradicional concepto occidental de sujeto separado e independiente. «El paso histórico de las tecnologías mecánicas a las de la información, ayuda a subvertir las nociones de soberanía y autosuficiencia que han proporcionado un anclaje ideológico a la identidad individual desde que los filósofos griegos elaboraron el concepto hace más de dos milenios. En pocas palabras, la tecnología está ayudando a dismantelar la misma visión del mundo que en el pasado alentó».

La capacidad decisoria del sujeto humano

¿Hemos de quedarnos en una actitud desdenosa y negativa? Sería perezoso y absurdo. Los medios técnicos de que disponemos son formidables y magníficos. Pero son sólo medios, y en ese nivel deben quedar. Los fines tenemos que decidirlos nosotros. Por ello debemos reivindicar la capacidad decisoria, crítica, ejecutiva del ser humano. Este es el antídoto contra el «timo de la sociedad de la información». Lo que debemos defender y procurar es la aparición de una «sociedad del aprendizaje y de la autonomía personal». Precisamente porque cada vez vamos a tener más información a nuestro alcance, y porque los conocimientos serán la fuente principal de poder y de producción de riqueza, tenemos que fomentar el aprendizaje. No se trata de conectarse a la red, sino de tener los conocimientos necesarios para aprovecharse de ella. Cada vez que alguien sugiere que prescindamos de nuestra memoria personal para confiar en la memoria global del ordenador, nos está incitando a la esclavitud. Sólo desde lo que sabemos podemos asimilar, comprender, juzgar lo que leemos en la pantalla. La sociedad actual nos exige ser más sabios, más instruidos. Sustituir esa costosa exigencia personal por el mito de la red como panacea es el

núcleo del timo de la sociedad de la información. Es una llamada a la facilidad absolutamente engañosa. Les pondré un ejemplo. Howard Rheingold, un forofo de la sociedad de la información, ha escrito un libro titulado La comunidad virtual (Gedisa), se dedica a cantar las excelencias de este nuevo modo de comunicarnos. Cuenta que se le invitó a una reunión de expertos que asesoran a la oficina de Evaluación Tecnológica del Congreso de los Estados Unidos, para tratar sobre los sistemas de comunicación en la era de la información. Rebosante de satisfacción cuenta lo siguiente: «Yo no soy un experto en la tecnología o la política de las telecomunicaciones, pero sí se donde encontrar un grupo de tales expertos y cómo conseguir que me digan lo que saben. Antes de ir a Washington para mi primera reunión, abrí una conferencia en la WELL (Whole Earth 'Lectronic Link, una red) e invité a distintos excéntricos de la información, tecnófilos y expertos en comunicaciones a que me ayudaran a salir con algo que decir (...) Para cuando me senté con los capitanes de la industria, asesores gubernamentales y expertos académicos a la mesa del panel, tenía más de doscientas páginas de consejos expertos de mi propio panel. No habría podido integrar tantos conocimientos acerca de mi tema en toda una carrera académica o industrial y me llevó a mi (y a mi comunidad virtual) sólo unos pocos minutos por día durante seis semanas» (p. 85).

Esto es una impostura sin paliativos. Es la glorificación de la simpleza, de la cháchara brillante e irresponsable, de la audacia para hablar con cositas prendidas con alfileres, de la superficialidad. Les he dicho que debíamos aspirar a una sociedad del aprendizaje y de la autonomía personal, en épocas de globalización y de grandes presiones necesitamos recuperar y fortalecer la autonomía personal, es decir nuestra capacidad de proponernos fines, evaluarlos y realizarlos. La «sociedad de la información» también puede engañarnos en esto. La inteligencia humana no es un mero procesador de información. Es una facultad que aspira a dirigir bien la acción. Y para esto el conocimiento no basta. Hace falta una clara idea de los valores, la perspicacia para elegir, y el ánimo para realizar. Algo más complejo, importante, vital, que la mera información. **JA. M.**